

cundo —a su tiempo oportuno— *reviva* los *manaies* de ahora. Es que la órbita que siguen los afectos es siempre la misma en la vida; todo vuelve a su origen, como la nave al puerto de salida...

Ignoro si es verdad que los años hacen el alma más clara y los ojos más limpios para la observación de *lo que fué*, pero pudiera ser que así fuera. El caso es que el hombre —si es inteligente y tiene espíritu crítico— se goza pensando en las ingenuidades y juzgando las pequeñeces que constituyeron el *mundo dorado* de su primera edad. (Y, con lo antedicho, hemos explicado nuestra postura del momento.)

Los *manaies* viejos llenaron una época (la de nuestra infancia). La acción dispersadora y disgregadora del tiempo los llevó consigo, y desaparecieron del escenario. Era lo lógico. Pero, al desaparecer, debiera haberse levantado alguna voz, diciéndoles: “¡muchas gracias!...”

¿Qué interés tiene —en la acepción cordial de un niño— un lujo mayor o menor en la indumentaria de los personajes que *admira*? Lo mismo da, para él, un manto fabricado con lustrina económica que una púrpura. Su imaginación poderosa y creadora (como en ninguna otra edad de la vida) supera estos insignificantes detalles. Y así, ve oro en las purpurinas baratas, acero brillante en las espadas de madera, bronce en los escudos de cartón y prestancia y marcialidad hasta en los gestos de un hombre cansado...

Aquellos *manaies* de ayer, andaban mal vestidos; no eran marciales; no tenían técnica de su oficio efímero; carecían de protección y amparo; eran *pagados* por su servicio; carecían de organización, etc. Pero cumplían su cometido con una constancia de año tras año y —lo que es mejor— nos daban la plena sensación de *una soldadesca*, como la que debió dar vueltas en torno el martirio de Cristo, en los tristes días de la Pasión...

Por todo ello, yo dejo constancia escrita sobre este papel, de mi buen recuerdo, mi gratitud (e incluso mi nostalgia) hacia ellos, los *que fueron* y ya *no son más*...

Y para no apurar ni un momento la paciencia del lector benévolo, pongamos de una vez punto final a este “Glosario gerundense” que hemos abocetado con cariño...

Hasta otra, si Dios quiere.

